

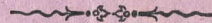


UNA
LIMOSNA POR DIOS.

JUGUETE DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

D. ANTONIO AGUILAR Y CANO.



CÓRDOBA: 1876.

Establecimiento tipográfico «La Actividad»
Liceo, 41.

SERVICIO

UNA

LIMOSNA POR DIOS

UNA LIMOSNA POR DIOS

UNA LIMOSNA POR DIOS.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, ni sus posesiones de Ultramar; quedando hecho el depósito que marca la ley para gozar de los beneficios que ella otorga.

UNA LIMOSNA POR DIOS.

JUGUETE DRAMÁTICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ESCRITO PARA LA

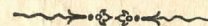
SRITA. D.^a DOLORES DE MELGAR Y MENA

(niña de 7 años de edad)

POR

D. ANTONIO AGUILAR Y CANO.

Estrenado, con buen éxito, la noche del 29 de Octubre de 1875, en el teatro que en su casa habitacion de Puente Genil tiene D. Joaquin Borrego y Ruiz.



CÓRDOBA: 1876
Establecimiento tipográfico «La Actividad»
Liceo, 41.

UNA
LITURGIA POR BIEN

DE LA VIDA
Y DE LA MUERTE
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

DE ANTONIO SERRA Y CARRO

En la ciudad de Madrid, en el año de 1880.

IMPRESION EN LA
CALLE DE...
N.º...

PERSONAJES.

ESPERANZA, niña de 7 años.
CÁRLOS.
LUIS.
PADRE VENTURA.
CRIADO.

ACTORES.

Srita. D.ª Dolores de Melgar y Mena.
Sr. D. Pedro Alvarez de Sotomayor.
» D. Angel Padilla Ruiz de Arévalo.
» D. Manuel de Melgar y Villalva.
» D. N. N.

La accion es contemporánea.

*A D. Agustin Aguilar y
Cano como publico testimonio del
mucho cariño que le profesa su her-
mano*

Antonio.

UNA LIMOSNA POR DIOS.

ACTO ÚNICO.

*Salon de casa acomodada. Puertas al fondo
y á la izquierda del actor. En este mismo
lado un velador. La acción de actualidad.*

ESCENA PRIMERA.

CÁRLOS.

(Aparece sentado cerca del velador.)

— ¡La vida!... los placeres!... el mundo!... Quien me conozca ¡ha de pensar que aquí, á solas con mi conciencia, sin más testigos que mi memoria, maldigo en cada hora mil veces esos idolos que he perseguido?... ¿Quién puede imaginar cartujo al calavera, misántropo al hombre de mundo, serio y reflexivo al que solo tiene carcajadas

para contestar á la reflexion y á la seriedad? Y sin embargo, la vida, ese fanal precioso de ilusiones que el adolescente se forja creyendo encerrarse en él, es para mí calabozo insopportable; los placeres, esas fruiciones intensas é inacabables que soñamos, son para mí, dolorosas sensaciones, cuando no sombras que se disipan; y el mundo... el mundo es el potro donde mis miembros se desgarran y mi alma hecha pedazos, va dejando sus girones.—¿Quién me lanzó sin defensa en tal torbellino?... ¿Quién me hizo soñar lo que nunca debió realizarse?—Ah!... ¿para qué culpar á nadie? Yo no escuché más voz que la de mis instintos y pasiones, y ahora corrompida mi vida con su levadura, me ofrece por doquiera la acidez y amargura del fermento.—Si mis lábios se posan sobre otros lábios, si mi mano estrecha la de un amigo, si veo en un espectáculo cualquiera, si oigo, si leo... donde quiera, sin saborear lo que pueda haber de bello, de bueno, de verdadero, encuentro pronto las heces, y su amargura se comunica á mi sangre y á mi

espíritu y á mi vida toda... ¡Qué pesado tormento!...

—Pero... ¡bah!... no sé porque he de filosofar ahora sobre nada de esto cuando Luis me anuncia que pronto vendrá á contarme una de sus muchas anécdotas mientras vaciamos un par de botellas.

—Fuera pues... pensamientos que me atormentais... yo debo estar contento y reirme, y ser un calavera... ja, ja, ja. (*Risa forzada. Toma una actitud que haga contraste con sus últimas palabras. A poco aparece por la puerta del fondo LUIS.*)

ESCENA II.

CÁRLOS Y LUIS.

LUIS. (*Con aire jovial alegre y ligero.*) Buenos dias Carlos. Así me gustas, exacto y puntual á las citas, y mas si estas son para ponerte al tanto de una historia escandalosa... hasta cierto punto. (*Fijándose en Carlos*) Pero chico, chico ¿que tienes? Esa no es tu cara de festin; parece mas bien de duelo.

CÁRL. No tengo nada...

LUIS. Pues hijo, cualquiera diría que te se había muerto tu caballo favorito, te había dejado tu último amor, ó te habían notificado la cuenta del sastre.... ¡Ca! pero si tu tienes algo, y algo mas gordo que todo eso.

CÁRL. Pues te equivocas de medio á medio... *(Haciendo esfuerzos por dominarse.)* Lo que hay es que como sabia que tu habías de venir, y eres bromista, y te gusta á veces chancearte, dije...

LUIS. ¿Qué digiste?

CÁRL. Dije... voy á darle un susto.

LUIS. Y vaya si me lo has dado, de los mayúsculos... de los inconmensurables. Mira tú, que á pesar de la broma iba ya poniéndome cariacontecido; pero me la pagarás, y para que no tarde la espacion sácame hoy de esas botellas que con tanta avaricia guardas en los mas ocultos escondrijos de tu casa.

CÁRL. Ganadas las tienes; y puesto que ha de ser, sea al punto que para luego es tarde. *(Toca un timbre y aparece un criado.)* *(Al criado.)* Botellas y puros. *(A Luis.)* Estas servido y aguardo tu historia.

LUIS. ¿Tan impaciente estás por oirla?

CÁRL. Vive Dios que sí. ¿A qué, sino, te aguardaba?

LUIS. Pues manos á la obra, ó mejor dicho á la palabra.

(El criado entra sirve los puros y botellas y se retira.)

Atiende, escucha y asómbrate.

CÁRL. Me asombro antes de escuchar y atender.

LUIS. No te burles que el lance es serio.

CÁRL. Como tuyo al fin.

LUIS. No lo creas: es el primero y el más raro de mi vida.

CÁRL. Pues mi curiosidad aumenta. *(Se acerca al velador, llena las copas y beben, despues encienden puros.)*

LUIS. ¿Te acuerdas, Cárlos, de una Lola que me hizo sufrir mucho con sus desvios y que llenó tu vida de flores amándote como despues ni antes otra alguna?

CÁRL. *(Contrariado.)* Crei que ibas á contarme una historia tuya y no á evocar recuerdos que no me son gratos.

LUIS. Es historia mia la que he de contarte, pero la pregunta debía lógicamente precederla... ¿Te acuerdas?

CÁRL. ¡Ojalá no me acordara!...

LUIS. Pues *figurate* aquella cara de suyo dulce y poética, idealizada en el grado mayor que á la materia es permitido, *figúrate* su tez mas blanca aun, más rubio su cabello, mas meláncolica su espresion, mas triste y poética su mirada; *figurate* á la muger convertida en ángel, y conocerás á la heroína de mi cuento.

CÁRL. (*Apurando una copu.*) Si te place, ya la conozco.

LUIS. Esa vision, ese providencial encuentro tuve ayer en el inmediato paseo... De lejos me pareció aquella muger tal como te la he pintado, pero cuando me acerqué, chico, la decoracion habia variado. Ya no era el angel, sino la misma Lola, demacrada y acaso enferma, pálida, ojerosa, causada, y sobre todo casi desnuda, porque yo no llamo vestido á los harapos.

CÁRL. Calla, calla por Dios y no me atormentes.

LUIS. ¡Oiga!... Te la irias á echar ahora conmigo de sentimental...

CÁRL. No... pero...

LUIS. ¿Pero qué?... ¿Que fué un capricho tuyo y la abandonaste? Buena hora era

de que llorásemos sobre las ruinas de de nuestros caprichos.... Trabajo te mandaba, calaverilla.

CÁRL. Sin embargo, Luis, Lola es para mi un remordimiento.

LUIS. Te desconozco, Cárlos, y creo que si sigues así nuestras amistades van á tronar. Bebamos...

CÁRL. Bien dices; bebamos. (*Los dos apuran las copas.*)

LUIS. En castigo de tus boberias has de oír la historia hasta el fin.

CÁRL. (*Hace un gesto de resignacion.*) Escuchucho.

LUIS. Tú imaginarás acaso que en vista de aquel espectáculo yo rechazaria toda idea de amor; pero nada de esto...

CÁRL. Calla; me molesta tu historia...

LUIS. Bien: elige entre oírla ó que publique tu conversion al ascetismo.

CÁRL. Pero...

LUIS. Nada de peros; escucha. Te decía que aun viendo á Lola en aquel estado no rechacé mis ideas amorosas. Yo veia en aquel ser la posibilidad de restituirlo á su pristina hermosura, y pensé hacerlo, para ver realizado quizá el mas interesante de mis frustrados sueños. Me

acerqué y vi en su cara una espresion tan estraña, que no sé decirte si era aversion, vergüenza ó temor. Ofrecila mi mano para saludarla y la rehusó. Te nombré...

CÁRL. (*Con arrebató.*) Infame...

LUIS. ¿Estás loco? (*Continua narrando tranquilamente.*) Te nombré, y la que rechazó mi saludo, aceptó mi conversacion. ¡Cuánto deberá amarte!

CÁRL. Ve, Luis, que me hieres, y vé que voy cegando... suspende tú historia.

LUIS. Los amigos lo sabrán... elige... (*Cárlos hace un gesto de resignacion, y se vá poniendo cada vez mas sombrío.*) —En conversacion fué fácil manifestarle mis proyectos; le hablé de riquezas, de bienestar, de placeres y solo me contestó: «Lola no os quiso, y la mendiga enferma ya ha mas de un dia, os desprecia y os maldice.»

CÁRL. Eres un infame, Luis, te lo repito, tu conducta no es la del calavera sino la del malvado.

LUIS. Si no supiera que hablás en broma no te permitiria...

CÁRL. Hablo de veras y muy de veras: tú me apartaste de esa muger cuando yo la

adoraba; tú la hiciste desmerecer en mi opinion: y tú hoy tratas de envilecerla: ¿y no quieres que te diga *miserable*? Pues lo eres ~~una y mil veces~~.

LUIS. El vino te debe haber trastornado...

CÁRL. El miedo te hace á costa de la vergüenza, buscar esplicaciones favorables á tus deseos.

LUIS. Basta ya: ni á tí ni á nadie tolero sandeces: tenlo entendido.

CÁRL. Verdades te he lanzado al rostro y te las lanzaré mil veces.

LUIS. Pronto: una esplicacion de tus palabras en el terreno que gustes...

CÁRL. Así me place: con las armas te la daré.

LUIS. Cuando gustes.

CÁRL. Inmediatamente. Voy por mis pistolas si nó desconfias de ellas.

LUIS. Buenas son.

(*Cárlos se retira por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA III.

LUIS.

—Señor, es lance gracioso: yo que quiero como un hermano á mi amigo Cárlos, estoy en la obligacion de dar-

le un balazo ó de que el me lo endose á mí. Francamente, mucho estimo mi vida, pero mejor quisiera perderla que no dejar muerto á Cárlos.—Y todo, ¿porqué? Por una mozueta que valdrá poco mas ó menos, pero que por lo visto ha flechado á Cárlos en lo mas hon-do de su corazon.

Es verdad que yo, tanto por evitarle los peligros de un amor fijo como por ver si lo sustituia, fingí cierta histo-ria que rompió aquellas relaciones; pero ¿á qué esos remordimientos, ni ese sentimentalismo?..... No lo en-tiendo.

Si Cárlos se convenciera y abando-nara la idea del desafio: pero nó... es muy fuerte su voluntad y su carácter. (*Mirando hácia adentro.*) Aquí está ya...

ESCENA IV.

LUIS Y CÁRLOS.

CARL. Cuando gustes. (*Trae un par de pis-tolas.*)

LUIS. Por fin ¿no tienes mas esplicaciones que dar que la que ofrecen tus armas?

CARL. Nada mas.

LUIS. Entonces, estoy á tus órdenes.

CARL. Pues vamos.

LUIS. Vamos.

(*Se dirigen al fondo: al llegar á él, aparece Esperanza.*)

ESCENA V.

DICHOS, ESPERANZA.

ESPE. Una limosna por amor de Dios.

LUIS. Quitate de enmedio, y no estorbes.

CARL. Aguarda: robaré un minuto á la vida y haré mi primera obra de caridad.

LUIS. Corriente, amigo cartujo.

CARL. (*Saca una moneda de oro que da á Es-peranza.*) Toma hija.

ESPE. Perdonad, caballero, esto que me dais es oro, y yo pido una limosna.

LUIS. Orgullosa es la pobrecita.

ESPE. No lo creais, señor.

CARL. Entónces no te entiendo: pides una limosna y rehusas tomarla.

ESPE. Mamá dice, (*dirigiéndose á Cárlos,*) que cuando se ofrece oro á los pobres es para comprarles su honor ó su vir-tud, que dice son cosas que no se de-

ben vender. El honor y la virtud, me dice, no tienen precio, son cosas tan precisas como el comer, y una vez vendidas no se adquieren mas.

(Cárlos fija toda su atencion en la niña á la que hace adelantar hasta primer término y suelta instintivamente las pistolas sobre el velador. Luis hojea un album y atiende á la conversacion con oportunidad para decir las pocas frases que en esta escena tiene.)

CARL. Mucho sabes, preciosita.

ESPE. No me llamo así, soy Esperanza, y lo que sé, Mamá me lo enseñó. ¡Oh! Mamá sabe mucho y es muy buena. ¿La conoceis, caballero?

CARL. No, pero tú me la darás á conocer.

ESPE. Ahora no es posible: ¡pobrecita!...

CARL. ¿Porqué?

ESPE. Porque mamá está mala desde hace mucho tiempo... pero hoy se ha quedado en cama.

CARL. ¿Y cual ha sido la causa de su enfermedad?

ESPE. Un ladron.

CARL. ¿Como es eso?

LUIS. Bah, Cárlos, déjate de niñerías y no

perdamos el tiempo oyendo lo que á esa chicuela da gana de contarnos.

ESPE. *(A Cárlos.)* Si... yo no me puedo detener... Mamá... espera... Una limosna por Dios.

CARL. No, no te vayas, Esperanza. Cuéntame eso y luego iré yo contigo: soy médico: veré á tu mamá y la pondré buena.

ESPE. ¿Me lo prometéis?

CARL. Sí, hija mia.

ESPE. Jurádmelo por vuestra madre, y os cuento la causa de estar enferma mamá.

CARL. Te lo juro por la mia y por la tuya.

LUIS. *(A Cárlos.)* Pero hombre ¿tienes valor para jurar? *(Aparte.)* No conozco hoy á Cárlos: miente contra su costumbre y sin embargo, á traves de su mentira no sé qué cosa estraña se descubre en sus palabras.

ESPE. *(A Cárlos.)* Pues bien, os contaré lo que deseais. Habeis de saber que yo antes de ahora era mas chica, mucho mas chica, y en vez de tener este vestido, me envolvian en pañales, segun dice mamá, y me acostaban en una cunita de madera. De cuando empezaron á acostarme y tenerme allí

no me acuerdo: pero sí de que una vez mamá creyendome dormida se acercó á mi, me besó la frente y me llenó la cara de lágrimas. Yo sentí algo en el pecho y me eché á llorar porque mamá lloraba. Entónces ella se enjugó los ojos y empezó á sonreirme.

CARL. Sigue, hija mia: tu historia es muy bonita.

LUIS. Síguela, hija, que es cosa de no perderla. ¡Pues no faltaba mas!

CARL. Luis... no te chancees, y menos con esta niña... mira que tus palabras me exasperan.

ESPE. Desde el dia que sorprendí á mamá, la acechaba constantemente. Ella co-sía sin cesar de dia y de noche, y sin cesar tambien, cuando yo no la miraba el llanto mojaba su costura. Yo quiero mucho á mamá, sabe usted, y la veia con mucha pena siempre trabajando y siempre llorando.

CARL. ¿Y nadie enjugaba las lágrimas de tu madre?

LUIS. (*Aparte.*) Sándia pregunta.

ESPE. Nadie, señor, en mi casa nadie entraba. Mamá enflaquecía cada vez mas y su color se iba perdiendo. Un dia no

pudo mas, y sentándome en sus rodillas y acariciando su cara con mis manos, le pregunté porqué lloraba. Dió una excusa: le repliqué y nada pudo contestarme cuando le conté lo que tantos dias habia observado. Entónces mirándome llena de asombro y diciéndome que no creia que yo supiera tanto, me dijo que la causa de su llanto, era un ladron y me contó esa historia.

CARL. ¿Cual?

ESPE. Oidla.—Dijo mamá de este modo: «Yo, hija mia, tenia una joya de gran valor, que mientras vivieron, custodiaron mis padres. Esa joya era mi mayor caudal y con ella tenia asegurada mientras viviera una vida honrada y despues el bienestar y la alegria para tí. Como cosa de tan subido precio yo la guardaba; pero una vez llegó un hombre que se decia entendido en aquellas joyas, ganó mi confianza y mi cariño... y en premio me la robó.»—Yo le dije que diera parte á la justicia, y sonriéndose tristemente me dijo.—«Cuando se roba la honra, la justicia de acá abajo no la vuelve.»

CARL. ¿Y quien era el ladron?

ESPE. Mi madre no le nombra; pero atended lo mas curioso: cuando oí su historia yo maldije á aquel hombre, y mamá llena de terror me dijo que lo perdonara y que pidiera á Dios por él. Desde entónces, todas las noches, una madre y una hija piden á Dios la bendicion para el que les robó la honra.

CARL. ¡Dios mio!

ESPE. ¿Qué teneis?

CARL. Nada, sigue la historia.

LUIS. (*Aparte.*) Decididamente he de escuchar hasta el fin el cuento.

ESPE. Ya resta poco. El trabajo agotó las fuerzas de mamá y no pudiendo trabajar... pidió limosna... la pedia para mí, ella quizá se hubiera dejado morir de hambre. Ayer salió por última vez: tuvo que hacer cama, y yo que sabia como los pobres piden limosna, la pido... por primera vez para ella, para mi pobrecita mamá. Dadme una limosna... pero nó... cumplidme vuestra palabra, curadla y Dios os lo premie, que yo no la dejaré ir más á paseos donde la insulten....

CARL. (*Con calor y precipitacion.*) ¿Qué di-

ces? paseos... insultos... tu madre? ¿Cómo se llama tu madre?

ESPE. Lola.

CARL. (*Con arrebató.*) Hija mia... Lola del alma... vamos, si... vamos pronto. (*Tratan de salir y se interpone Luis.*)

LUIS. Ja, ja, ja... Magnífico.... soberbio.... todo un drama.

CARL. Maldicion... (*Retrocede y coje una de las pistolas que hay sobre el velador y se dirige á hacer uso de ella contra Luis. En este momento aparece el Padre Ventura.*)

ESCENA VI.

DICHOS: PADRE VENTURA.

P. V. Señor don Cárlos, la bendicion de Dios para Vd. y los de su casa. Aquí teneis el legado de una pobre. (*Le da una carta.*)

CARL. Con vuestro permiso... (*Abre la carta y la lee.*)

«Cárlos... la que se encuentra en mi estado tiene derecho á ser escuchada. No se tiende á tí mi mano para que deposites en ella una limosna que seria

afrentosa: no te envían mis labios una queja de amor para despertar el tuyo: hace tiempo que perdí toda esperanza. Tienes entre tus manos el eco, nada más que el eco de la última palabra de aquella que te quiso tanto.

—¿Sabes que hay un ser inocente, un pequeño ángel que espía sin motivo las consecuencias de nuestra falta?—Si lo sabes, ya comprenderás qué fuerza es la que mueve mi mano para que pueda trazar estos renglones: sino lo sabes, Carlos, da entero crédito á la que va á comparecer en el más severo de los Tribunales... tienes una hija... una hija cuya sola mancha es la que en su frente han impreso sus padres.

—Mi hija, la hija de nuestro amor es el legado que te dejo. La memoria de su madre no la avergonzará nunca... porque muero de hambre, Carlos... pero honrada.

—Escucha bien... lo que te pido es el cumplimiento del mas sagrado de los deberes... amparo y proteccion para tu hija... que mis huesos duerman tranquilos en su tumba... que la desgracia de ella no los remueva un dia y

venga á pedirte cuenta de dos víctimas de tu pasión y de tus vicios...

—Carlos, la vida me falta por instantes; olvida de mi carta lo que pueda herirte, y por piedad... nada más que por piedad, no dejes solo en el mundo ese pedazo de mis entrañas que te confío... Las lágrimas nublan mis ojos, y el brazo no puede ya con mi mano para enjugarlas... ella tampoco está aquí y mis párpados apagarán para siempre mis pupilas, sin que la haya visto... aquí le dejo mi bendición con el perdón de su padre... Dios nos vé... ámala Carlos y en el cielo te espera tu, LOLA.»
ESPE. ¡Lola!... mi mamá... mamá mia... no te mueras... vive para tu hijita. (*Trata de salir y la sujeta el Padre Ventura.*)

P. V. Tu mamá está allí... en el cielo... allí solo llegan las oraciones.

ESPE. Dejadme... mamá... mamá.

CARL. (*Al tratar de cojerla.*) ¡Hija del alma!

ESPE. (*Con terror.*) Vete... tú eres el ladrón. (*Se acerca al P. Ventura y le dice*) Padre mio... salvadme... (*Forzajea con Carlos y le dice*) Pero dejadme... mamá mia (*Se dirige al Cura*) ¿Tu no eres

el Cura bueno? Llévame contigo. (*Pro-
rumpe en llanto, y queda protegida
por el P. Ventura.*)

CARL. Dadme mi hija.

P. V. Perdonad... ningun derecho teneis hoy
sobre ella

CARL. ¡Por piedad! ¡Piedad para un padre!

P. V. Solo hay un recurso, ¿la veis? ella ha
confundido mi persona con el cumpli-
miento de mis deberes religiosos. Ella
al acojerse al Cura bueno, se ha pues-
to bajo la custodia de la Religion....
la Religion tiene vuestra hija, ¿sabreis
buscarla?

CARL. ¡Dios mio, perdon!... (*Cae de rodillas
á los pies del P. Ventura.*)

P. V. El perdon es la limosna que Dios con-
cede al arrepentimiento: haceos me-
recedor de ella. Ahora á rezar por los
que no viven... (*Dirigiendose á Luis.*)
¡De rodillas!

(*Cuadro final, cae el telon.*)

